

FELICIANO PÁEZ-CAMINO ARIAS

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942),
EN EL SABOR DEL TIEMPO



U.M.E.R.

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA
SEDE SOCIAL: C/ ABADA, 2 5º 4-A
28013 MADRID
www.umer.es

Miguel Hernández (1910-1942),
en el sabor del tiempo

FELICIANO PÁEZ-CAMINO ARIAS

Subvencionado por:



Madrid, 2010

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-29167-2010

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

MIGUEL HERNÁNDEZ (1910-1942), *EN EL SABOR DEL TIEMPO*

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 12 DE ABRIL DE 2010)

“Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres”. Con esta frase iniciaba Miguel Hernández la dedicatoria a Vicente Aleixandre que colocó al frente de su libro *Viento del Pueblo* (1937). Entendía Miguel que el poeta tiene capacidades innatas que son excepcionales (es poeta *entre todos los hombres*), pero que las forja y las llena de sentido en contacto con los demás, *junto a todos los hombres*. En consonancia con este parecer, vamos a presentar, a grandes trazos, la corta y fecunda vida de Miguel Hernández relacionándola con su obra y con el intenso contexto histórico-cultural en el que vida y obra se inscriben: una relación entre historia y literatura que el propio poeta evocaba en los dos versos finales de ese mismo libro: *pasa como la historia sonando sus renglones / y en el sabor del tiempo queda escrito*.

Adolescencia entre libros y cabras

Cabecera comarcal del bajo Segura, Orihuela se halla más próxima a la ciudad de Murcia que a la de Alicante, de cuya provincia forma parte. Cuando Miguel Hernández nació en ella, el 30 de octubre de 1910, había casi 35.000 habitantes en su amplio término municipal, de los que sólo la mitad se agrupaban en el núcleo urbano. Respondía al modelo de ciudad *levítica*, atenazada por el clero y muy inmersa en valores tradicionales; en ella había, además de la catedral, una treintena de iglesias, así como numerosos conventos y escuelas católicas.

El padre de nuestro poeta se llamaba Miguel Hernández Sánchez; era tratante de ganado y –según diversos testimonios– un hombre duro, autoritario y conservador. Viudo y sin hijos tras un primer matrimonio que sólo había durado un año, se casó con Concepción, *Concheta*, Gilabert Giner, la madre de Miguel. Éste fue el tercero de sus hijos, tras Vicente y Elvira. Luego nacieron cuatro hermanas, de las que tres fallecieron en la niñez; una de ellas, Josefina, muerta con cinco años cuando Miguel tenía nueve, dejó en él un recuerdo que es perceptible en algún momento de su obra.

En contraste con la distancia afectiva hacia su padre, Miguel mantuvo una intensa y sostenida relación de cariño con su madre y con su hermana Elvira, casi tres años mayor que él. La imagen de los padecimientos de su madre está seguramente detrás de alguno de los escritos del Hernández ya maduro, como el artículo titulado “Compañera de nuestros días”, que publicó durante la guerra (en *Frente Sur* n°1, 21 de marzo 1937). Allí, disimulado bajo el seudónimo de *Antonio López*, Miguel afirmaba: “Mi madre ha sido, es, una de las víctimas del régimen esclavizador de la criatura femenina. Enferma, agotada, empequeñecida por los grandes trabajos, las grandes privaciones y las injusticias grandes, ella me hace exigir y procurar con todas mis fuerzas una justicia, una alegría, una nueva vida para la mujer”.

Conviene matizar el tópico del pastor autodidacta que suele acompañar a Miguel Hernández. En realidad, estuvo escolarizado diez años, desde los cuatro años y medio hasta los catorce y medio: más, desde luego, que la gran mayoría de los hijos de pastores y campesinos de su tiempo. De las escuelas del Ave María pasó al colegio de santo Domingo de los jesuitas, de donde, a comienzos de 1925 y pese a sus excelentes resultados académicos, fue sacado abruptamente por su padre para que se pusiera a trabajar, primero de recadero y luego cuidando las cabras del rebaño familiar.

La situación de la familia era de modestia pero no de miseria. Si miseria hubo en la infancia y adolescencia de Miguel fue más de orden cultural que económico, empezando por la frustración en la continuidad de unos estudios que había realizado hasta entonces con empeño y brillantez. Pero siguió cultivando su ya adquirida pasión por la lectura mientras pastoreaba, y pronto empezó a componer versos irremediabilmente influidos por la poesía que leía: la de autores románticos y modernistas, sobre todo (Espronceda, Zorrilla, Salvador Rueda, Vicente Medina, Rubén Darío...), aunque también fue teniendo contacto con la poesía clásica latina y española y con poetas franceses como Verlaine o Valéry. De esa temprana adolescencia data asimismo su afición por el agua y el baño, en ríos, pozas y charcas o bajo la lluvia; una tendencia que perdurará hasta las cárceles del final de su vida, donde sufrirá castigos por ducharse a destiempo.

El 13 de enero de 1930 vio por primera vez unos versos suyos publicados, en el semanario local *El Pueblo de Orihuela*. Siguieron otros muchos, primerizos y miméticos, en los que las diversas lecturas de Miguel dejan huellas perceptibles, pero donde hay también destellos personales y anuncios de su obra futura. Pueden citarse, entre sus primeros poemas, el brioso *Marzo viene* (fechado en febrero de 1930), *Oriental*, que constituye una desenvuelta imitación de Rubén Darío, o su soneto *El palmero* (ya de 1931), donde tras el sabor local se insinúa el tema del accidente de trabajo. Como ha observado recientemente Antonio Muñoz Molina (en *El País Semanal*, 7 de marzo 2010), el poeta “tenía desde que encontró su vocación, en la primera adolescencia, la desvergonzada capacidad de mimetismo de los grandes autodidactas, el amor agraviado por el saber de quien fue apartado demasiado pronto de la escuela”.

El Hernández adolescente busca, para formarse y desarrollar su talento, amparo en su entorno. Y lo hace en varias direcciones. Le presta libros (de Virgilio y san Juan de la Cruz,

entre otros) su antiguo profesor Luis Almarcha, a la sazón canónigo de la catedral oriolana. Pero también frecuenta la biblioteca de la socialista Casa del Pueblo, donde, a mediados de 1929, conoce a Carlos Fenoll, que rige un tahona familiar en la que se reúnen varios jóvenes con afanes literarios. A comienzos de 1930, el círculo de amigos de Miguel se amplía con José, *Pepito*, Marín Gutiérrez, que pronto adoptará el seudónimo de “Ramón Sijé”; es más frágil, más rico y con más formación académica que los demás, y está bien relacionado, sobre todo con medios editoriales católicos. Con él está también Jesús Poveda que, andando el tiempo, se casará con Josefina Fenoll, hermana de Carlos y novia de Sijé, y que, mucho más tarde, exiliado en México, publicará (en la editorial Oasis, en 1975) una biografía de Miguel Hernández, con valiosa información sobre los años juveniles de éste.

En ese tiempo Miguel tiene también amistad con el hijo de un médico establecido en Orihuela. Es un joven socialista llamado Augusto Pescador, nacido como él en 1910 y que luego desarrollará, en su exilio de Chile, una notable carrera como filósofo. Tras la proclamación de la República, Hernández participa con Pescador en la fundación, en agosto de 1931, de las Juventudes Socialistas de Orihuela, de las que él mismo será temporalmente presidente. A la vez, va conociendo mejor la obra de los más importantes poetas españoles vivos, como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y los componentes de la generación del 27. No obstante, los contactos que mantiene con Almarcha y con Sijé, y su vinculación a la conservadora prensa local, animan a Miguel a cultivar enfoques católicos y tradicionalistas en su obra poética naciente.

En octubre, al cumplir los 21 años, es sorteado para el servicio militar y queda exento por excedente de cupo. Va entonces a Alicante, a personarse en el gobierno militar, y esa es, al parecer, la primera vez que ve el mar, lo que, teniendo en cuenta que éste se halla a no más de 30 kilómetros de Orihuela, constituye una muestra del enclaustramiento espacial en que había vivido Miguel. Pero siente un vivo deseo de salir de él y decide entonces, con el apoyo de sus amigos, su hermana y su madre y a espaldas de su padre, ir a Madrid en busca de un horizonte para su vida y su obra. Ni corto ni perezoso, envía una carta a Juan Ramón Jiménez, fechada el 15 de noviembre de 1931. Es la más antigua de las cerca de 500 cartas suyas que se conservan (de las que más de 300 tienen por destinataria a Josefina Manresa). En ella, Miguel intenta llamar la atención del gran poeta, creando con habilidad y gracia su propia imagen de poeta-pastor:

Venerado poeta:

Sólo conozco a usted por su Segunda Antología que —créalo— ya he leído cincuenta veces aprendiéndome algunas de sus composiciones. ¿Sabe usted dónde he leído tantas veces su libro? Donde son mejores: en la soledad, a plena naturaleza, y en la silenciosa, misteriosa, llorosa, hora del crepúsculo, yendo por antiguos senderos empolvados y desiertos entre sollozos de esquilas.

No le extrañe lo que le digo, admirado maestro; es que soy pastor. No mucho poético, como lo que usted canta, pero sí un poquito poeta. Soy pastor de cabras desde mi

niñez. Y estoy contento con serlo, porque habiendo nacido en casa pobre, pudo mi padre darme un oficio y me dio este que fue de dioses paganos y héroes bíblicos. (...)

Soñador, como tantos, quiero ir a Madrid. (...) ¿Podría usted, dulcísimo Juan Ramón, recibirme en su casa y leer lo que le lleve? ¿Podría enviarme unas letras diciéndome lo que crea mejor?

Hágalo por este pastor un poquito poeta, que se lo agradeceré eternamente.

Miguel Hernández. Arriba, 73. Orihuela.

La carta no tuvo, que se sepa, respuesta, aunque un lustro después Juan Ramón elogiaría con entusiasmo la voz poética de Miguel y se referiría a él, desde entonces, siempre con aprecio. En todo caso, éste llegaba a la madrileña estación de Atocha, con escasa impedimenta, el 2 de diciembre de 1931, una semana antes de que se promulgara la nueva Constitución republicana.

Entre Orihuela y Madrid (1931-1936)

“Madrid no es como yo lo soñaba. No me ha causado ninguna impresión grata”, le escribe en seguida Miguel a Ramón Sijé, en una carta que firma “Jorge Lorca”, seguramente como signo de su admiración creciente por Jorge Guillén y Federico García Lorca. Y la verdad es que la experiencia madrileña resulta dura para el joven oriolano. A pesar del apoyo de algunos paisanos, entre ellos Augusto Pescador (que estudia y hace el servicio militar en Madrid y algún día acoge a Miguel en el piso que tiene alquilado en la calle de Altamirano número 23), Hernández no consigue reconocimiento ni trabajo y no tarda en quedarse sin dinero. Trae una recomendación para Concha de Albornoz, la hija del ministro, que lo recibe pero no emprende ninguna gestión eficaz. Tampoco resulta muy halagüeño un encuentro con Ernesto Giménez Caballero. Miguel tiene al menos la modesta satisfacción de que el 20 de febrero de 1932 la madrileña revista *Estampa* publique un reportaje sobre él, cultivando la imagen del poeta autodidacta y pastor.

Hernández toma el tren para regresar a su pueblo el 15 de mayo 1932. Para colmo de sinsabores, es detenido por la Guardia Civil porque viaja con un billete gratuito que no está a su nombre y pasa la primera noche carcelaria de su vida en Alcázar de San Juan. La estancia de cinco meses largos en Madrid ha sido frustrante pero seguramente no ha dejado de resultar enriquecedora para Miguel en muchos aspectos: sus visitas al Museo del Prado, sus prolongadas lecturas en la Biblioteca Nacional y su propia inmersión en la urbe madrileña constituyen una fecunda siembra.

De nuevo en Orihuela, desempeña trabajos administrativos facilitados por su agilidad mental y mecanográfica, y participa del ambiente de renovación cultural que el nuevo régimen promueve. En octubre de 1932 empieza a funcionar un Instituto en Orihuela, al

que han dado el nombre de “Gabriel Miró”; y precisamente en un homenaje a este escritor conoce a Carmen Conde (la futura primera mujer en la Academia Española) y Antonio Oliver Belmás, animadores de la Universidad Popular de Cartagena, donde Hernández intervendrá más tarde en un par de ocasiones: en agosto de 1933 leyendo versos suyos y dos años después con una conferencia-recital sobre “Lope de Vega y los poetas de hoy”.

En 1932 Miguel está inmerso en la elaboración del que será su primer libro de versos. Su título inicial, *Poliedros* se torna finalmente en *Perito en lunas*, y está compuesto por 42 octavas reales (composición métrica de estirpe renacentista formada por dos tercetos encadenados y un pareado: ABABABCC). El contenido y lenguaje de la obra reflejan la influencia gongorina, en boga entre los poetas del 27, y también la de la poesía de Guillén, pero es sobre todo un alarde de imaginación y de virtuosismo verbal. A pesar de su hermetismo, o a través de él, contiene ciertos elementos de juego y de humor, que no serán del todo ajenos a la obra hernandiana en su conjunto y que, en este caso, recuerdan un tanto a las *greguerías* de Ramón Gómez de la Serna. El poema XIV *Blanco narciso por obligación*, que describe con ingenio la actividad de un barbero, es un buen ejemplo de ello.

Costeado por amigos del poeta, *Perito en lunas* salió publicado, por ediciones La Verdad de Murcia, el 20 de enero de 1933. Unos días antes había tenido lugar, en la casa murciana del editor y periodista Raimundo de los Reyes (calle de la Merced número 2), el encuentro de nuestro poeta con Federico García Lorca, que estaba de gira teatral con *La Barraca*. Un par de meses después, Hernández escribió una carta a Lorca, lamentándose de la escasa repercusión que había tenido *Perito en lunas*. La respuesta de Federico, de finales de abril de 1933, contenía frases tan significativas como las siguientes:

Mi querido poeta: No te he olvidado. Pero vivo mucho y la pluma de las cartas se me va de las manos. Me acuerdo mucho de ti porque sé que sufres con esas gentes puercas que te rodean y me apeno de ver tu fuerza vital y luminosa encerrada en el corral y dándote topetazos por las paredes.

Pero así aprendes. Así aprendes a superarte, en ese terrible aprendizaje que te está dando la vida. (...) Escribe, lee, estudia. ¡LUCHA! No seas vanidoso de tu obra. (...) Cálmate. Hoy se hace en España la más hermosa poesía de Europa. Pero por otra parte la gente es injusta. No se merece “Perito en lunas” ese silencio estúpido, no. Merece la atención y el estímulo y el amor de los buenos. Eso lo tienes y lo tendrás porque tienes la sangre de poeta y hasta cuando en tu carta protestas tienes en medio de cosas brutales (que me gustan) la ternura de tu luminoso y atormentado corazón.

Yo quisiera que pudieras superarte de la obsesión, de esa obsesión de poeta incomprendido, por otra obsesión más generosa política y poética. (...)

Los libros de versos, querido Miguel, caminan muy lentamente. (...)

Te mando un abrazo mío fraternal lleno de cariño y camaradería.

En 1933 trabaja en un segundo libro de versos que se iba a llamar *Imagen de tu huella* y luego *El silbo vulnerado*, donde a un trasfondo ascético influido por Sijé se añaden elementos de vitalismo panteísta cada vez más característicos de la voz poética de Miguel. Seguirá añadiéndole composiciones hasta finales de 1934, algunas de las cuales rescatará luego para *El rayo que no cesa*. También escribe, entre 1933 y 1934, dos obras teatrales: *Quién te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras* (un auto sacramental que publica la revista *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín, entre julio y septiembre de 1934); y *El torero más valiente*, con ciertas resonancias de la figura de Ignacio Sánchez Mejías (muerto en agosto de 1934), obra que no llegó a ser publicada y cuyo texto ha sido restaurado a partir de un manuscrito.

En 1934 hizo tres viajes a Madrid. En el primero, en marzo y abril, realizado para gestionar la publicación del auto sacramental en *Cruz y Raya*, conoció a Rafael Alberti. Volvió en julio y tomó por primera vez contacto con María Zambrano, con la que llegaría a tener una estrecha amistad, y con Pablo Neruda, que mostró en seguida una gran admiración por la forma, aunque no tanto por el fondo, de la poesía que hacía entonces Miguel. En una nueva estancia de tres semanas en diciembre de 1934, éste consolidó su amistad con Neruda y la inició con Benjamín Palencia, que lo puso en contacto con otros miembros de la pictórica y escultórica “Escuela de Vallecas”: Alberto Sánchez, Maruja Mallo, Miguel Prieto, Eduardo Vicente.

Las primeras cartas conservadas de Miguel a Josefina Manresa Marhuenda, su futura esposa, datan de esta última estancia. Tras haber cortejado durante un tiempo, sin mucho éxito, a Carmen Samper, apodada *la calabacica*, el poeta formalizó relaciones con Josefina el 27 de septiembre 1934. Ella había nacido en Quesada, Jaén, el 2 de enero 1916 –tenía por tanto 18 años, cinco menos que él– y, desde el verano de 1927, estaba establecida en Orihuela (donde su padre, Manuel Manresa, se hallaba destinado como *guardia civil*), y allí trabajaba en un taller de costura.

En estas cartas a Josefina deja Miguel constancia de su sólido propósito profesional: “Me dedicaré a escribir por completo”, le escribe el 14 diciembre de 1934. Y también, de su voluntad de contagiar entusiasmo a la joven: “Piensa en mí, como yo pienso en ti: lo más felizmente posible”, en carta fechada cuatro días después, que empezaba “Mi queridísima y siempre llorona Josefina”. Aunque no conocemos las cartas de Josefina a Miguel, podemos colegir que, en esta etapa como en otras posteriores, abundaron en ellas las quejas y las manifestaciones de desconfianza.

A comienzos de 1935, ya a punto de abandonar su etapa de ribetes católicos y exaltación rural, Hernández escribe (a sugerencia de Luis Rosales, según documenta una carta dirigida a éste) el *Silbo de afirmación en la aldea*, que desarrolla el tema del desarraigo provocado por la gran urbe, con imágenes que recuerdan a las del cine expresionista de la época: *Alto soy de mirar a las palmeras, / rudo de convivir con las montañas... / Yo me vi bajo y blando en las aceras / de una ciudad espléndida de arañas. / Difíciles barrancos de escaleras, / calladas cataratas de ascensores / ¡qué impresión de vacío! / ocupaban el puesto de mis flores, / los aires de mis aires*

y mi río. Como muestra de las ambivalencias de este tiempo, recordemos, por ejemplo, su *Égloga –nudista*, donde podemos leer versos como estos: *Desnudos: se comienza / de nuevo la creación y la sonrisa, / sin vicio ni vergüenza / íntimamente unidos con la brisa.*

En febrero de 1935 llega Miguel por quinta vez a Madrid, ahora ya con el propósito de asentarse en la capital. Esta estancia, que sólo interrumpirá para las vacaciones de agosto, es el marco de su reorientación ideológica, de nuevas experiencias afectivas y del primer gran éxito de su obra poética: tres aspectos bastante interrelacionados. Frecuenta a Neruda en su domicilio de la Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles (calle de Rodríguez San Pedro con Hilarión Eslava), y allí intima con la pintora Maruja Mallo (nacida en 1902, y que acababa de regresar de una estancia en París). Participa en actividades de las Misiones Pedagógicas, en tierras de Salamanca, en marzo y abril. En este último mes, empieza a trabajar como secretario de José María de Cossío en la elaboración del último tomo de la enciclopedia *Los Toros*, que aquel dirige; realiza el trabajo en un despacho de la editorial Espasa-Calpe, sito en la calle de Ríos Rosas, número 26. A comienzos de mayo conoce a Vicente Aleixandre, con quien desarrollará una profunda amistad, y empieza a frecuentar su casa de Velintonia, 3.

Miguel vive, entretanto, de pensión y encuentra acomodo estable en una situada en la calle de Vallehermoso 96, 1º derecha, donde seguirá conservando un cuarto hasta después del inicio de la guerra. Sus cartas a Josefina va revelando la evolución de sus relaciones con el ambiente madrileño. El 12 de abril de 1935 le cuenta:

¡Si supieras que odio le tengo a Madrid! Dormir en cama ajena, tratar gente que ni te interesa ni te quiere, comer, no lo que te apetece, sino lo que te dan. (...) Y luego este continuo lío de autos, tranvías, humo, gente que te tropieza en todas las esquinas, calles en las que no da el sol más que por puro compromiso. Y luego lo que más echo de menos, TÚ.

Sin embargo, en una carta de primeros de julio, confiesa:

Yo tengo mi vida aquí, en Madrid, me sería imposible vivir en Orihuela ya; tengo amistades que me comprenden perfectamente, ahí ni me comprende nadie ni a nadie le importa nada lo que hago.

Y unos días después, el 13 de julio, es aún más explícito:

Es la vida de Madrid, Josefina; la vida de Madrid que le hace a uno olvidarse de todo, con sus ruidos y sus mujeres y sus diversiones y sus trabajos. Es tan diferente de esa vida callada de ahí, donde no se sabe hacer otra cosa que murmurar del vecino o hablar mal de los amigos y dar la vuelta por los puentes.

La elaboración de los sonetos que formarán la mayor parte de *El rayo que no cesa* tiene lugar mientras se está produciendo este alejamiento de Miguel con respecto a su pueblo, novia incluida. Ya no es un secreto que este impactante libro –con el que el poeta consiguió su primer gran reconocimiento literario– está inspirado por la relación con tres mujeres bien distintas entre sí. Una es la púdica, quejosa y cada vez más lejana Josefina, a quien van referidos sonetos como los que se inician con los versos *Te me mueres de casta y de sencilla*, o *Me tiraste un limón y tan amargo*, y también ese cuyo primer cuarteto afirma donosamente *Una querencia tengo por tu acento / una apetencia por tu compañía / y una dolencia de melancolía / por la ausencia del aire de tu viento*.

Pero hay, en el verano de 1935, otra mujer, Maruja Mallo, la original y algo excéntrica pintora con quien Miguel vivió una pasión que debió de tener no poca intensidad erótica, y a la que ella decidió poner fin, dejando al poeta bastante frustrado. Hacen referencia a esta relación sonetos febriles y rotundamente cuajados como el que empieza *Fuera menos penado si no fuera*, en el que cada verso termina con la misma palabra con que comienza: un alarde realizado con tanta naturalidad que puede pasar inadvertido. Y también el que se inicia con el verso *Como el toro he nacido para el luto* (no es descartable, por otra parte, que la abundancia de símiles taurinos que Hernández emplea en esta época tenga algo que ver con su trabajo en la enciclopedia de Cossío). La propia dedicatoria del libro –“A ti sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya”– apunta claramente a Maruja: ese rayo que desbarató el sosiego del poeta. Cabe señalar que Hernández no fue el único autor de hermosas composiciones poéticas inspiradas por una ruptura sentimental con la pintora gallega: el surrealista poemario *Sobre los ángeles* que Alberti concibió en 1928 tiene un origen semejante.

La tercera mujer que está seguramente detrás de *El rayo que no cesa* es María Cegarra, que vive en La Unión (Murcia), donde realiza labores de peritaje químico y escribe versos. Es diez años mayor que el poeta, que tal vez ve en ella –además de la ocasión de establecer un paralelismo con la relación entre Neruda y Delia del Carril– la encarnación de una síntesis entre la sencillez un poco simple de Josefina, con quien ha roto sus relaciones, y el talento enrevesado de Maruja, que ya no le hace mucho caso. Miguel la conocía de antes y, tras una larga conversación en una visita que él hace a La Unión en agosto de ese año de 1935, le envía varias cartas desde Madrid, con un entusiasmo creciente al que ella no parece responder. María Cegarra debe de ser la inspiradora de sonetos como el que se inicia *Tengo estos huesos hechos a las penas* y concluye *voy entre pena y pena sonriendo*; y, probablemente, del “Soneto final” del libro: *Por desplumar arcángeles glaciales*.

Durante su estancia en Orihuela en agosto de 1935 empieza la primera de sus dos obras teatrales más influidas por Lope de Vega, el tricentenario de cuya muerte se conmemora ese año. Es *Los hijos de la piedra*, la única larga en prosa y la primera en la que aparecen elementos de protesta social que se harán más claros y rotundos en *El labrador de más aire*, que tenía casi concluida al estallar la guerra y sería publicada en 1937.

Las nuevas realidades que Miguel Hernández ha ido conociendo y la reflexión sobre sus propias vivencias lo conducen, en ese año clave de 1935, a optar de forma terminante por la más progresista y laica de las dos corrientes ideológicas en que hasta entonces se habían movido, ambigualmente, su obra y su pensamiento. Abandona entonces un camino que seguramente hacía tiempo que no era el suyo y en el que había permanecido por una mezcla de dependencia cultural y lealtad personal. El aspecto más doloroso es tal vez la ruptura con Sijé, la orientación reaccionaria de cuyo pensamiento se había ido exacerbando, a la vez que, personalmente, se manifestaba cada vez más intransigente y amargado. Con todo, conviene señalar que ciertas tensiones con Sijé están documentadas en la correspondencia de Hernández desde finales de 1932: “Sijé no vendrá conmigo pues me he disgustado seriamente con él”, le decía al murciano Raimundo de los Reyes en carta fechada el 9 diciembre de ese año.

Hernández formula sin ambages y con entusiasmo su opción ideológica, en la que advierte una reorientación de su propia obra. A su amigo alicantino Juan Guerrero Ruiz le confiesa por carta en junio de 1935: “Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico única y exclusivamente a la canción y la vida de tierra y sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente”. Quizá la expresión poética más clara de esa resolución sea su poema en verso libre *Sonreídme*, que empieza así: *Vengo muy satisfecho de librarme / de la serpiente de las múltiples cúpulas, / la serpiente escamada de casullas y cálices: / su cola puso en mi boca acíbar, sus anillos verdugos / reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre / de mi corazón. / Vengo muy dolorido de aquel infierno de incensarios / locos, / de aquella boba gloria: sonreídme. / Sonreídme, que voy / adonde estáis vosotros los de siempre, / los que cubrís de espigas y racimos la boca del que / nos escupe, / los que conmigo en surcos, andamios, fraguas, hornos / os arrancáis la corona del sudor a diario. / Me libré de los templos, sonreídme (...).*

Ello no impide la orientación trágica de una parte de su obra poética que construye con una voz cada vez más personal, como en *Sino sangriento*, un poema que tiene por protagonista a su propia sangre (*De sangre en sangre vengo / como el mar de ola en ola*) y cuyo estímulo inicial tal vez fuera un accidente que sufrió al bañarse en el río en vísperas de su regreso a Madrid, a finales de agosto, que le abrió una brecha en la ceja izquierda. La solidez expresiva que ha alcanzado el poeta, que aún no ha cumplido 25 años, es impaciente: *Me arrastra encarnizada su corriente, / me despedaza, me hunde, me atropella, / quiero apartarme de ella a manotazos, / y se me van los brazos detrás de ella, / y se me van las ansias en los brazos.*

En diciembre de 1935 Hernández da *El rayo que no cesa* a la imprenta que Concha Méndez y Manuel Altolaguirre tienen en su piso de Madrid (en la calle de Viriato, número 73). El libro tiene una estructura muy aquilatada: primero el poema *Un carnívoro cuchillo* (que termina: *...Algún día / se pondrá el tiempo amarillo / sobre mi fotografía*); luego trece sonetos; después *Me llamo barro aunque Miguel me llame* (donde también se percibe

el eco de la relación con Maruja Mallo: *siempre tu pie de liebre, libre y loca*); después otros trece sonetos; y el “Soneto final”.

Pero, antes de que el libro se acabara de imprimir, le llegó la sorprendente noticia de la muerte de Ramón Sijé, el 24 de diciembre de 1935. Muy dolorido, Miguel compuso la *Elegía a Ramón Sijé*, en la que eternizó al compañero del que últimamente tanto le separaba, con una composición cuyo tono y lenguaje eran, en cierta medida, la confirmación de ese alejamiento. Fechada el 10 de enero de 1936, la Elegía fue incorporada, a última hora, al libro, justo antes del “Soneto final”.

El *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Federico García Lorca data de 1935, así que en el plazo de unos meses se habían compuesto las dos elegías más impactantes de la literatura contemporánea española; hay que remontarse a las *Coplas* de Jorge Manrique para encontrar un antecedente de esa calidad. La Elegía de Hernández contiene expresiones que forman ya parte de nuestro patrimonio afectivo, desde la dedicatoria, “con quien tanto quería”, pasando por “siento más tu muerte que mi vida” o “voy de mi corazón a mis asuntos” hasta los dos sencillos y escalofriantes versos finales: *que tenemos que hablar de muchas cosas, / compañero del alma, compañero*.

El rayo que no cesa empezó a recibir elogios, provocados también por la publicación en el número de enero de 1936 de *Revista de Occidente*, de seis de sus sonetos y de la Elegía. El 23 de febrero Juan Ramón Jiménez escribía en el prestigioso diario *El Sol*: “En el último número de la *Revista de Occidente*, publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca Elegía a la muerte de su Ramón Sijé y 6 sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la *poesía pura* deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad, su herencia castiza. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional poético, y ¡quién pudiera exaltarlo con tanta claridad todos los días! Que no se pierda en lo *católico* y lo palúdico (...) esta voz, este acento, este aliento joven de España”.

Con Maruja Mallo no se habían interrumpido ni la amistad, ni la influencia mutua (en cuadros de ésta, como “Sorpresa del trigo” de 1936, se pueden intuir consonancias con la poesía hernandiana de ese momento) ni las excursiones compartidas. En una de ellas, a orillas del Jarama el 6 de enero de 1936, la Guardia Civil detuvo y maltrató a Miguel, que iba indocumentado y, como tenía por costumbre, vestía informalmente. El 16 de enero la prensa publicó una nota de protesta, firmada por numerosas figuras intelectuales encabezadas por García Lorca. En ella se podía leer que Miguel Hernández “es uno de nuestros poetas jóvenes de más valor. Pero, ¡cuántas arbitrariedades tan estúpidas y crueles como esta se cometen a diario en toda España sin que nadie se entere!”. Según sugiere María Teresa León en su libro de recuerdos *Memoria de la melancolía* (publicado en 1970), fue entonces cuando Hernández solicitó, a través de ella y de Alberti, su ingreso en el Partido Comunista de España.

Tras una carta al padre de Josefina Manresa, Miguel emprendió la reconciliación epistolar con ésta. “Desde ahora estoy muy seguro de mí mismo y que ninguna mujer ocupará el lugar que tú tienes en mi corazón”, le escribió a comienzos de febrero de 1936. En la copiosa correspondencia que desde entonces mantuvo con ella, sólo hay alguna referencia de pasada a la actualidad política, como cuando el 15 de febrero, víspera de las elecciones, le dice: “No tengo voto aquí pero si lo tuviera no se lo daría a Gil Robles”. El rechazo de Madrid vuelve alguna vez, como en esta carta fechada el 1 de mayo: “Dejaré Madrid, Josefina; no puedo vivir más en él, odio todo lo que hay en él. Esta vida artificial y encerrada me agota. Yo necesito tu persona y, con tu persona, la vida sencilla de Orihuela, no la de sus vecinos, sino la de sus tierras y sus montes”.

En esa primera parte de 1936, continuó trabajando para Cossío —“mis monótonos y cornudos asuntos”, según los definía en una carta a Carmen Conde y Antonio Oliver en septiembre de 1935— y es fama que no sólo allegó información sino que redactó alguna de las biografías de *Los Toros*, como la de José Ulloa “Tragabuches”. Realizó, en marzo, un recorrido de documentación por tierras de Ciudad Real, con base en Puertollano y Valdepeñas; y también buscó materiales para otros trabajos de erudición de Cossío, en particular sobre Lope de Vega.

Entretanto, su producción poética continuó a buen ritmo. Elaboró composiciones en homenaje a Garcilaso de la Vega (una muestra más de la existencia de un *garcilasismo* de preguerra) y a Bécquer, así como sendas odas a quienes ya eran sus grandes amigos, Neruda y Aleixandre. No abandonaba su interés por el teatro, fuente más probable de ingresos que la poesía, y, a la vez que procuraba —en vano— el estreno de *Los hijos de la piedra*, iba componiendo *El labrador de más aire*, de sólida calidad poética y neta orientación política. El 12 de julio de 1936 asistió a la última lectura que Lorca hizo de *La casa de Bernarda Alba* en casa del médico Eusebio Oliver, y al día siguiente fue Miguel quien leyó varios de sus propios poemas ante los micrófonos de Unión Radio.

La guerra

En una carta fechada el 18 de julio de 1936 Miguel le decía a Josefina: “Mis cosas van cada día mejor (...) Llegará, llegará muy pronto nuestra felicidad”. Y algo más adelante: “Ve pensando en el traje que vas a vestir el día de nuestra boda y pon ya cara de novia a punto de casar. Lo único que siento es que me vas a hacer entrar a la iglesia a pasar por una ceremonia que no me da ninguna gana aceptar”. El poeta estaba pues, al iniciarse la sublevación que degeneraría en guerra civil, ilusionado con su próxima vida profesional y familiar, aunque con Josefina subsistían ciertas diferencias, probablemente de orden más bien cultural que ideológico.

En una nueva carta, diez días después, Miguel señala: “Ya verás como sí que nos casamos este año si no me fusilan los rebeldes si triunfan”. Al día siguiente, 29 de julio,

marchó a Orihuela y, estando él en su tierra se produjo en Elda, el 13 agosto, el asesinato del padre de Josefina, junto con otros *guardias civiles*, por un grupo de milicianos incontrolados. Cuando, en el mes de abril, Manuel Manresa había sido trasladado al cuartel de Elda, Miguel le manifestó su contrariedad a Josefina, no sólo porque ésta tendría que alejarse de Orihuela sino porque “en Orihuela todo el mundo conocía a tu padre y sabían que era el mejor hombre del cuartel. Pero ahí nadie sabe nada y con el odio que la gente tiene a la guardiacivil, no se fijarán mucho en nada”. Josefina quedaba, además, en una situación familiar difícil, con su madre enferma y cuatro hermanos menores. Otras noticias conmovieron a Miguel: “¿Es cierto, cierto lo de Federico García Lorca?”, le preguntaba a Cossío, en carta desde Orihuela, el 12 de septiembre.

El 18 de septiembre está de nuevo en Madrid y el 23 acude, junto a su cuñado Francisco, marido de su hermana Elvira (la pareja vivía desde 1935 en Madrid, donde él era empleado de banca), a enrolarse en el Quinto Regimiento, sito en un antiguo convento salesiano de la calle de Francos Rodríguez. Consigna la profesión de “mecanógrafo” y es asignado a la 2ª Compañía de Fortificaciones, en el batallón que dirige Valentín González “El Campesino”. El 27 se septiembre está ya, como zapador, haciendo fortificaciones en Cubas de la Sagra; y, en noviembre, participa en la defensa de Madrid, en los combates de Pozuelo de Alarcón y Boadilla del Monte, experiencia que dejará huella en una de sus más estremecedoras crónicas de guerra, la titulada “No dejar solo a ningún hombre” (publicada en *Nuestra Bandera*, el 14 de noviembre 1937). Se conservan dos tarjetas escritas desde Pozuelo a Josefina, los días 13 y 16 de noviembre. En la primera de ellas, le cuenta con apresurada letra:

Mi querida nena Josefina: He estado sufriendo mucho estos días por no poder escribirte y hoy lo hago encima de mis rodillas en un pueblo próximo a Madrid. No te entristezcas por mí, que dentro de poco iré a verte, creo que antes de dos semanas. No me escribas tú más que a Madrid. Allí recogeré tus noticias que tanto deseo. Me he acordado de ti como nunca en estos días por todas las cosas que pasan. Ya te contaré muchas cuando vaya y tú me contarás todo lo que te está pasando a solas, en ese pueblo en que te veo metida siempre. Da muchos besos a tus hermanas, recuerdos para tu madre, abuela y Manolo. Se me hielan las manos al escribirte pero te mando con ellas un gran... Miguel

Poco después es trasladado a Alcalá de Henares y allí, el 23 de noviembre, Pablo de la Torriente Brau, periodista cubano que ejerce labores de comisario político, lo rescata para tareas de difusión cultural. En una carta fechada en Alcalá el 28 de noviembre (y recopilada en su obra póstuma *Peleano con los milicianos*), Pablo de la Torriente lo narra así:

El día 23 creo que lo pasé todo en Alcalá. Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombré Jefe del Departamento de Cultura, y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la

brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de prensa. Además planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con él me fui después a ver algunas cosas famosas de Alcalá.

Así, tras dos meses como combatiente anónimo en las filas republicanas, Hernández, sin abandonar la lucha en el frente, pasa a desempeñar actividades más centradas en el quehacer cultural y la difusión política. Ahora tiene una habitación en el palacio requisado que acoge a la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. En una carta a Josefina fechada el 16 de diciembre le dice: “Escribeme a Marqués del Duero, 7, y no te excuses diciendo que tienes mucho trabajo y luego te pasas desde la cuatro de la mañana rezando el rosario a san Serenín del Monte. No seas tan devota, que no están los tiempos para rezos y sí para querer mucho y acordarse mucho de lo que uno quiere”.

A finales de febrero de 1937 concluyen sus labores en la defensa de Madrid porque es nombrado jefe del Altavoz del Frente (y comisario político) en la primera brigada móvil de choque, que tiene su base en Jaén, a las órdenes del comandante Carlos Contreras (seudónimo del antifascista italiano Vittorio Vidali). Se trata de un servicio de información y propaganda dirigido no sólo hacia las propias filas sino también hacia las adversarias, con vistas a alimentar resistencias en la zona controlada por los sublevados.

Miguel, que veía muchos inconvenientes en instalar a Josefina en la asediada Madrid, encuentra con este cambio de destino la ocasión propicia para casarse y ofrecerle a ella una situación más apacible en su propia tierra de origen. Sus cartas de esos días últimos de febrero –entre la batalla del Jarama y la de Guadalajara– son apresuradas y exultantes; en una de ellas, tras despedirse con un “Salud y querer, guapa de mi corazón, Josefina preciosa”, comete la dudosa originalidad de dibujar dos corazones atravesados con flechas, con la inscripción Josefina-Miguel.

Tras establecerse, el 3 de marzo, en Jaén, acude a Orihuela y allí se casa, por lo civil, con Josefina el día 9. La guerra había retrasado, pues, dos o tres meses la ceremonia y, para alivio del poeta, la había despojado de su vertiente canónica. Ambos regresan a Jaén y, en las cinco semanas en que permanecen juntos, Miguel escribe los últimos poemas de *Viento del Pueblo* y una parte sustancial de las cuatro piezas breves en prosa de su *Teatro en la guerra*. Al iniciarse la segunda quincena de abril, Josefina tiene que regresar a Cox, localidad próxima a Orihuela donde se halla su familia, por el agravamiento de la enfermedad de su madre. Ésta fallece y Josefina se queda en Cox, al cuidado de sus hermanos.

El 1 de mayo, Miguel participa en el asalto y rendición del santuario de la Virgen de la Cabeza, en Andújar, sobre el que escribirá un par de crónicas, publicadas en *Frente Sur*. En una carta a Josefina el 7 de mayo se hace eco con alborozo de una noticia que ella le ha dado: “Voy a ser padre”, y luego le dice que va a salir próximamente para Castuera, en la provincia de Badajoz, con el Altavoz del Frente. El embarazo de Josefina le inspira la *Canción del esposo soldado*, última de las composiciones que incorpora al libro *Viento del*

Pueblo, que recoge poemas escritos entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, muchos de los cuales habían sido abundantemente recitados por él en el frente y difundidos en diversas publicaciones periódicas.

El libro *Viento del Pueblo*, publicado en Valencia, en septiembre de 1937, por las ediciones Socorro Rojo (ilustrado con 17 fotografías, realizadas seguramente por Tina Modotti) es, en sus temas y en sus formas, una obra miscelánea, aunque toda ella atravesada por el drama de la guerra y el compromiso con la causa republicana y popular. A pesar del contexto trágico, predomina la alegría personal del poeta y su confianza en el futuro. Con un lenguaje enérgico y sencillo, acoge elementos épicos, sin que se pierdan los líricos que hasta entonces había caracterizado su obra. El poema *Vientos del pueblo me llevan*, que inspira el título general del libro y que constituye una vigorosa reinterpretación, en clave antifascista, de tópicos patrióticos y regionales, es de los más tempranos, ya que había sido publicado, el 22 octubre de 1936, en la revista *El mono azul*.

La obra se inicia, tras la dedicatoria a Vicente Aleixandre, con el empaque de una *Elegía primera* a Federico García Lorca, y contiene, más adelante, una *Elegía segunda*, dedicada a Pablo de la Torriente, que había muerto en combate el 18 de diciembre de 1936, en las proximidades de Majadahonda. El tema del campesino explotado aparece con sereno dolor e impecable factura en *El niño juntero*, para hacerse más caliente y clamoroso en *Aceituneros (Andaluces de Jaén, / aceituneros altivos...*, que compuso conforme se dirigía a esa tierra andaluza el 2 de marzo de 1937), y acentúa su tono apelativo en *Jornaleros*, donde aparece también la denuncia de la intervención nazi-fascista: *Los verdugos, ejemplo de tiranos, / Hitler y Mussolini, labran yugos. / Sumid en un retrete de gusanos / los verdugos. / Ellos, ellos nos traen una cadena / de cárceles, miserias y atropellos. / ¿Quién España destruye y desordena? / ¡Ellos! ¡Ellos!*

El impropio dirigido al *duce* se desarrolla con intensidad y destellos de belleza en el poema *Ceniciento Mussolini*. En realidad, sólo a él y a Hitler dedica alguna vez Hernández sus invectivas personales. En el caso de los enemigos españoles, sus críticas son siempre genéricas, salvo una alusión a Queipo de Llano (en *Visión de Sevilla*): *un general de vino desgarrado / de lengua pegajosa y vacilante, / de bigote de alambre groseramente astado*. También hay lugar para el enfado contra un tipo genérico presente en el propio bando: *Los cobardes*, poema en el que Hernández evoca, con su manejo magistral de la reiteración, un elemento de contraste: *¿No os avergüenza mirar / en tanto lugar de España / a tanta mujer serena / bajo tantas amenazas?* En alguna ocasión el énfasis combativo se hace cortante, como en *Euskadi*, escrito cuando las tropas enemigas empiezan a reducir la bolsa republicana del Norte: *Quien se para a llorar, quien se lamenta / contra la piedra hostil del desaliento, / quien se pone a otra cosa que no sea el combate, / no será un vencedor, será un vencido lento*.

La exaltación de una mujer combatiente está presente en la vivacidad de *Rosario, dinamitera*, junto con la transmutación lírica de un episodio doloroso: *¡Bien conoció el enemigo / la*

mano de esta doncella, / que hoy no es mano porque de ella, / que ni un solo dedo agita, / se prendió la dinamita / y la convirtió en estrella! Rosario Sánchez conoció a Miguel después de que él le compusiera el poema y, habiendo sobrevivido a su herida y a las miserias de posguerra, recordaba mucho después (el testimonio se publicó en un libro en 1999) que “era amable, cordial, sosegado, dulce y serio a la vez, pero siempre con una sonrisa”.

En la *Canción del esposo soldado*, Hernández alcanza a expresar, con una intensidad poco común, la síntesis –latente en el conjunto del libro– entre sentimientos personales y causa colectiva: *Espejo de mi carne, sustento de mis alas. / Te doy vida en la muerte que me dan y no tomo. / Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas, / ansiado por el plomo*. Otro de los más hermosos poemas de *Viento del Pueblo* no contiene referencias a la guerra pero está en armonía con el conjunto del libro: es *El sudor*, que Hernández utiliza como una metáfora del trabajo creativo, de la igualdad y de la vida misma. Esta composición, de la que hay una copia firmada el 24 de febrero de 1937, fue publicada, a la vez que en el libro, en el número de septiembre de 1937 de la memorable revista *Hora de España*. Señalemos, por cierto, que tres elementos aparecen con significativa frecuencia a lo largo de toda la obra de Hernández: la sangre, el sudor... y la sonrisa.

En *Viento del Pueblo* hay, en suma, un puñado de poemas rotundamente conseguidos y otros que, sin estarlo del todo, contienen pasajes de una hondura y belleza estremecedoras. Este libro es el ejemplo de que una obra *de circunstancias* puede –como su coetáneo *Guernica* de Picasso– mantener, con el tiempo, su vigencia a la vez que amplía su significación.

En el verano de 1937 Hernández hizo un par de viajes a Madrid, donde volvió a ver a Aleixandre y a Neruda, y estuvo en Valencia, en julio, para el célebre Congreso de intelectuales en defensa de la cultura; allí conoció personalmente, entre otros, a Antonio Machado, al cubano Nicolás Guillén y al mexicano Octavio Paz. Entre finales de agosto y comienzos de octubre visitó Rusia, formando parte de la delegación española (de cinco miembros) invitada al V festival de teatro soviético. De regreso, en una breve estancia en París, grabó su voz, a instancias de Alejo Carpentier, recitando, en un pequeño estudio, la *Canción del esposo soldado*, único documento acústico que, al parecer, se conserva de él. Elena Garro estaba en ese tiempo en París tras la estancia junto a su entonces marido Octavio Paz en España; y muchos años después (en sus *Memorias. España 1937*, publicadas en 1992) recordaba de Miguel “su voz profunda” y lo evocaba: “tan joven (...), tan gran poeta y tan guapo”. Según su testimonio y algún otro, Miguel volvió de Rusia un tanto melancólico. En sus propios escritos habla con entusiasmo de la actitud solidaria de las gentes para con la República española, pero, en sus cartas, se refiere con cierto fastidio a las largas reuniones en que hubo de participar.

Tras su regreso, concluyó en Cox, el 26 de noviembre de 1937, su última obra teatral: *Pastor de la muerte*. Aunque escrita en verso, el sustrato de Lope queda ya lejano, y el texto contiene acotaciones de cierto tono cinematográfico, que guardan relación con el interés que Hernández tuvo por el cine (más tarde llegaría a manifestar a algún compañero de

cautiverio su propósito de dedicarse también a ese arte cuando saliera de la cárcel). Luego Miguel acude a la batalla de Teruel, y estando él allí, el 19 de diciembre de 1937, nace en Cox su primer hijo, al que llamarán Manuel Ramón. A lo largo de 1938, actúa con la VI división en los frentes de Levante; la mayor cercanía a su entorno hace que sea escasa la correspondencia familiar suya de ese periodo.

Miguel ha seguido escribiendo nuevos poemas relacionados con la guerra civil y sus propias experiencias, incluido el viaje a Rusia. Con ellos conforma un nuevo libro *El hombre acecha*, que agrupa composiciones que van desde la primavera de 1937 (y son pues coetáneas de las últimas incorporadas a *Viento del Pueblo*) hasta septiembre de 1938. La mayor parte de esos poemas fueron divulgados, pero el libro, tal como lo compuso su autor, no llegó a ver propiamente la luz: al término de la guerra estaba ya impreso en Valencia, a falta de ser encuadernado y distribuido; la primera reproducción facsimilar de esa edición data de 1981.

El hombre acecha reúne, al igual que *Viento del Pueblo*, material bastante diverso. La convicción ideológica sigue estando presente en esta obra, pero el optimismo se va erosionando. Aquí es más visible el conflicto entre la necesidad de la lucha por la libertad y los derechos del pueblo, y el sentimiento antibelicista y de rechazo del odio y la violencia. También se aprecia que la poesía de Miguel se va haciendo cada vez más depurada y honda.

Tras una dedicatoria, algo melancólica, a Pablo Neruda, abre el libro una *Canción primera* cuyos desolados versos finales son *Hoy el amor es muerte / y el hombre acecha al hombre*. Hay en él poemas bastante extensos, generalmente con versos de arte mayor, donde se remansa la reflexión y se afina la fuerza expresiva de Hernández; citemos entre ellos *El hambre*, *Las cárceles*, *Pueblo*, *El tren de los heridos*. Otra de las composiciones es *El herido*, un fragmento de cuya segunda parte (*Para la libertad, sangro, lucho, pervivo...*) fue convertida por Serrat casi en un himno en los años 1970. Recordemos otra estrofa del mismo poema, que muestra a un Miguel dispuesto a sacar energía y optimismo del dolor compartido: *Mi vida es una herida de juventud dichosa. / ¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás se siente / herido por la vida, ni en la vida reposa / herido alegremente!* Aquí también, como en *Viento del Pueblo*, hay un poema dedicado a Madrid, que así termina: *Sólo te nutre tu vívida esencia. / Duermes al borde del hoyo y la espada. / Eres mi casa, Madrid: mi existencia, / ¡qué atravesada!* En la *Canción última* que cierra el libro, el amor puede prevalecer sobre el odio; esa es, al menos, el ansia del poeta en el último verso del libro: *Dejadme la esperanza*.

La tenaz esperanza de Miguel sufre un duro revés cuando, el 19 de octubre 1938, muere su hijo. Para entonces Josefina está esperando otro, que nacerá el 4 de enero de 1939 y recibirá el nombre de Manuel Miguel. La muerte de su primer hijo y la evolución final de la guerra constituyen sendas tragedias para él. En ese ambiente compone, en el otoño de 1938, los primeros poemas de lo que será conocido como el *Cancionero y romancero de ausencias*. Aquí el poeta se aleja de la épica para desarrollar una lírica intimis-

ta. De hecho, el *Cancionero* hernandiano es una especie de diario íntimo de su dura vida entre finales de 1938 y mayo de 1941, formado por manuscritos que se conservaron de forma bastante azarosa, y de los que existen variantes porque a veces el poeta los fue copiando de memoria o rehaciendo. En el extremo opuesto a *Perito en lunas*, la sencillez formal, la depuración expresiva es la pauta de esta última etapa de la poesía que Hernández pudo realizar en su corta vida. Son, en general, poemas breves y sobrecogedores, sin más título que sus primeros versos: *Llegó con tres heridas, Tristes guerras, Menos tu vientre*. Y otros más largos como *La boca* o *Guerra*; en éste encontramos una acerada descripción de lo que podríamos llamar el síndrome patriótico: *Un fantasma de estandartes, / una bandera quimérica, / un mito de patrias: una / grave ficción de fronteras*. En los últimos tiempos de la guerra el poeta ahonda en el amor, intensamente erótico, a la esposa y en la vocación de trascendencia a través del hijo; así compone el extenso y magistral *Hijo de la luz y de la sombra*. De ese tono es también el poema que se inicia: *Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío: / claridad absoluta, transparencia redonda. / Limpidez cuya entraña, como el fondo del río, / con el tiempo se afirma, con la sangre se ahonda*.

Viento del pueblo, *El hombre acecha*, y los más antiguas composiciones del *Cancionero* y *romancero de ausencias* constituyen la razón de que Rafael Alberti pudiera decir con mucha justicia (en el tercer libro de *La arboleda perdida*, publicado en 1987) que “Miguel Hernández fue el mejor y más auténtico poeta de la guerra”: una declaración particularmente significativa si se tiene en cuenta que Alberti aspiró desde luego —y no sin motivos— a ocupar ese puesto que él mismo concede a Hernández.

Las cárceles (1939-1942)

En marzo de 1939, el desplome de la resistencia republicana, provocado por el golpe que ejecutó el coronel Casado contra el Gobierno que encabezaba Negrín, sorprendió a Miguel Hernández en Madrid. No parece que, a la hora de organizar la salida de las personas más significativas, la dirección comunista tuviera a Miguel en cuenta. Él hizo algunos planes de buscar, a través del diplomático Carlos Morla Lynch y en conexión con Pablo Neruda, refugio en Chile, con su mujer y su hijo; pero, concluida la guerra, se fue a Cox, donde estaba Josefina, y anduvo por Orihuela y Alicante. El 20 de abril regresó a Madrid y, ante la amenaza de ser detenido, marchó el 23 a Sevilla, rumbo a Portugal, seguramente para intentar partir desde allí a Chile. El día 29 cruzó a Portugal por Rosal de la Frontera, pero pronto fue detenido en la localidad de Moura, al parecer cuando, carente de recursos, intentaba vender el reloj de oro que le había regalado por su boda Vicente Aleixandre. El 4 de mayo la policía salazarista lo entregó a la franquista en Rosal de la Frontera. Tras ser interrogado y maltratado por la Guardia Civil, fue llevado el día 7 a la prisión de Huelva y el 11, a la de Sevilla. De ahí fue trasladado a la cárcel de Torrijos de Madrid, en la que ingresó el 15 de mayo de 1939, siete años después de que abandonara por primera vez la capital rumbo a la primera noche carcelaria de su vida.

Desde entonces hubo gestiones a su favor, tanto las promovidas desde París por Neruda, como las que en España realizaron algunos de sus amigos más próximos al nuevo régimen, como Cossío. Tras haber intentado, en los primeros tiempos de su detención en Huelva, disimular su propia personalidad y significación, Hernández las asumió con entereza, como lo muestra el acta de su declaración ante el juez el 6 de julio de 1939: “Reconoce sus ideales antifascistas y revolucionarios, no estando identificado con la Causa Nacional, creyendo que el Movimiento Nacional no puede hacer feliz a España”. En ese tiempo se las arregla para recomponer en un cuaderno el *Cancionero y romancero de ausencias*, que había iniciado seis meses atrás, al que irá sumando poemas concebidos en la cárcel. El protagonista es, cada vez más, la ausencia: de la mujer, del hijo, de la libertad... y –poco a poco y muy a su pesar– de la esperanza. Escribe también el soneto irónico *Ascensión de la escoba* y unas *seguidillas* dedicadas a su hijo cuando, a comienzos de septiembre, el niño cumple, comiendo sólo pan y cebolla, ocho meses de vida (*Al octavo mes ríes / con cinco azahares. / Con cinco diminutas / ferocidades. / Con cinco dientes / como cinco jazmines / adolescentes*). Miguel nunca les puso tal título, pero, desde que fueron publicadas por primera vez cuatro años después de su muerte, son conocidas como las *Nanas de la cebolla*. En la misma carta, fechada el 12 de septiembre de 1939, en la que le dice a Josefina, a propósito del hambre de su hijo, “te mando esas coplillas que le he hecho”, cuenta Miguel: “¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, sin ti, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos qué postura tomar, y al fin toma la de la esperanza que no se pierde nunca”.

Tres días después, el 15 de septiembre, Miguel sale inopinadamente en libertad por efecto de una descoordinación burocrática en el aparato represivo del régimen. Tras una visita infructuosa a la Embajada de Chile, opta, imprudentemente, por irse a Cox y a Orihuela. Identificado por falangistas locales, es detenido el 29 de septiembre y encerrado en el Seminario de Orihuela, convertido en prisión. Ahí las condiciones de vida son aún más duras que en la cárcel madrileña. “A nuestros paisanos les interesa mucho hacerme notar el mal corazón que tienen, y lo estoy experimentando desde que caí en manos de ellos...”, afirma dolorido Miguel en una carta que le hace llegar clandestinamente a su mujer.

A comienzos de diciembre es trasladado de nuevo a Madrid, a la prisión madrileña de la plaza del conde de Toreno. Está incurso en el sumario 21.001 ante el Consejo de guerra permanente número 5. El 18 de enero 1940 se emite la sentencia: “Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado Miguel Hernández Gilbert, como autor de un delito de adhesión a la rebelión militar, a la pena de muerte”. Casi todos los condenados a muerte aquel 18 de enero fueron fusilados en los cinco meses siguientes. Varias personas, incluido algún escritor afín al franquismo, hicieron gestiones para evitar que esa fuera también la suerte de Miguel. El 24 de junio el general Varela, ministro del Ejército, comunicó en un oficio a Rafael Sánchez Mazas, vice-secretario de FET de las JONS y ministro sin cartera: “Tengo el gusto de participarle que la pena capital que pesaba sobre don Miguel Hernández Gilbert [sic], por quien se interesaba, ha sido conmutada por la

inmediata inferior, esperando que este acto de generosidad del Caudillo obligará al agraciado a seguir una conducta que sea rectificación del pasado”.

El poeta recibió la resolución con el indulto el 9 de julio de 1940, lo que quiere decir que durante casi seis meses pudo sentir que pendía sobre él la amenaza de una ejecución inmediata. En la galería de los condenados a muerte coincidió, entre otros, con Antonio Buero Vallejo, que le hizo entonces el célebre retrato a lápiz. En este tiempo Hernández escribió nuevas composiciones no integradas en el *Cancionero* pero que forman parte de su ciclo creativo y que se suelen agrupar bajo el epígrafe de *Poemas últimos*. Entre ellas está *Eterna sombra*, que concluye con estos versos: *Soy una abierta ventana que escucha, / por donde ver tenebrosa la vida. / Pero hay un rayo de sol en la lucha / que siempre deja la sombra vencida*. También compuso un relato en prosa para su hijo, titulado *El gorrión y el prisionero*.

El 22 de septiembre de 1940, sin razón aparente, Miguel fue trasladado a la cárcel de Palencia. En sus cartas intentaba convencer a Josefina —a la postre, en vano— de que acudiera a visitarlo, a la vez que procuraba ofrecer una imagen atenuada de sus duras condiciones de vida, aunque a veces éstas se manifestaban a través de una poética ironía: “Llegó la ropa y la recibí con los brazos abiertos, como cosa tuya. Hace frío de verdad aquí. Al que le da por reírse, le queda cuajada la risa en la boca, y al que le da por llorar, le queda el llanto hecho hielo en los ojos”, escribió el 14 de noviembre de 1940. En la fría cárcel palentina se inició el deterioro de la salud del poeta que, entre los días 24 y 28 de noviembre, pasando por la madrileña de Yeserías, fue trasladado a la de Ocaña, en la provincia de Toledo.

Allí, desde comienzos de 1941, Miguel empezó a recibir presiones para que renegara de la parte más politizada de su obra y manifestara algún tipo de adhesión al régimen y al catolicismo, a cambio de un indulto o de una mejora de su situación carcelaria que implicara cuidados médicos. Hay diversos testimonios de que su respuesta fue de indignado rechazo. El poeta, que había estudiado la lengua francesa desde joven, se puso ahora a aprender inglés, lo cual era, en aquella fase de la guerra mundial, casi una declaración de principios. También confeccionaba, con pobres materiales, juguetes para su hijo. Cuando, en enero de 1941, éste cumplió dos años le compuso unas nuevas *seguidillas* más breves y menos conocidas que la “Nanas”, pero igualmente emotivas y alejadas del sentimentalismo; así concluyen: *Herramienta es tu risa, / luz que proclama / la victoria del trigo / sobre la grama. / Ríe. Contigo / venceré siempre al tiempo / que es mi enemigo*. En sus cartas a Josefina, además de la constante preocupación por la penuria económica de ésta (que Miguel procuraba paliar solicitando a sus amigos ayuda para ella), el poeta empieza a manifestar una viva preocupación por la educación del niño. Veamos un par de fragmentos, correspondientes a sendas cartas enviadas, desde la cárcel de Ocaña, los días 17 de mayo y 7 de junio de 1941:

Quiérole como tú sabes querer, pero cuando se merezca una reprimenda no le des una caricia. Has de ser cariñosa y seria al mismo tiempo, que aprenda a respetarte y a no burlarse de ti. No le amenaces a gritos ni le metas miedos.

Razónale todas las cosas y no dejes sin satisfacer su curiosidad y su fantasía recién despierta a la vida...

La educación de nuestro hijo, hija, ha de fundarse en cosas más provechosas y menos idiotas que esas que empiezas a hacerle conocer. Pobrecillo: tan pequeño y metido en unos berenjenales tan serios y tan usados. La seriedad tuya para todas las cosas no debes emplearla con Manolillo de ese modo, nena. Déjale que viva en su mundo de tierra y piedra y pan, y ya habrá tiempo de todo lo demás, que no será precisamente esto de hoy.

En Palencia y Ocaña Miguel escribe los últimos poemas del *Cancionero*. En el interior de uno de ellos, titulado *El último rincón*, encontramos la abrumadora pregunta de estos dos versos: *¿Qué hice para que pusieran / a mi vida tanta cárcel?* El poeta evoca el contacto perdido con el cuerpo femenino y con la naturaleza, y ésta se carga a veces de sentido simbólico: *El naranjo sabe a vida / y el olivo a tiempo sabe / y entre el clamor de los dos / mi corazón se debate*. Miguel compone por entonces el último —o al menos el último que nos ha llegado— de los numerosos sonetos que escribió en su vida. Es, matizada por una paradoja, una postrera reivindicación de la sonrisa y la esperanza, que empieza así: *Sonreír con la alegre tristeza del olivo, / esperar, no cansarse de esperar la alegría. / Sonriamos, doremos la luz de cada día / en esta alegre y triste vanidad de ser vivo*. Más desesperanzado es el último poema que colocó en el *Cancionero*, el de más tardía fecha de cuantos escribió y fechó. Tiene por título *Casida del sediento*, y tras sus últimos y desolados versos, *Cuerpo: pozo cerrado / a quien la sed y el sol han calcinado*, aparece la referencia “Ocaña, mayo de 1941”.

Entre el 25 y el 29 de junio de 1941 Hernández es trasladado al “Reformatorio de adultos” de Alicante: la última de las trece cárceles que conoció en su vida, la de su muerte. El 20 de julio puede ver, por primera vez tras año y medio, a Josefina y a Manolillo. En la cuarta galería de esta cárcel coincide con paisanos y amigos de juventud. Uno de ellos, Antonio Ramón Cuenca, antiguo compañero de pastoreo y de las Juventudes Socialistas de Orihuela, ha dejado un testimonio (publicado en 1993) acerca de la firmeza y la amplitud políticas de Miguel, que era “un convencido de la razón que nos había asistido en la guerra. Cuando hablábamos sobre esto no anteponía ninguna bandera de partido, sino que consideraba a todos combatientes de la misma causa. Todos los que habían luchado al lado de la República eran sus hermanos, los mismos que ahora sufríamos la prisión y las consecuencias de la derrota”.

En noviembre de 1941 la salud de Miguel, maltrecha por la malnutrición y el hacinamiento carcelarios, empeora: a la neumonía contraída en Palencia y a la bronquitis de Ocaña se suman los primeros signos de la tuberculosis. El hospital antituberculoso de Porta Coeli está cerca, en Valencia, pero le niegan permiso para el traslado. La familia —donde su hermana Elvira es la más decidida— intenta recurrir de nuevo a Almarcha, el vicario oriolano que había estimulado los primeros pasos poéticos de Miguel y que se

ha convertido en una figura en alza del nacional-catolicismo (sería, de 1944 hasta 1970, obispo de León, ocupando a la vez cargos relevantes en la estructura política del régimen); pero, ya desde que Miguel estaba en Ocaña, Almarcha dejó claro que sólo intercedería por él si se avenía a rectificar su descarriado rumbo ideológico. Ahora, en Alicante, el futuro obispo y algunos clérigos de su entorno dicen estar preocupados por Miguel, si bien hacen saber que ya no es tanto la salud de su cuerpo como la de su alma lo que importa.

El poeta, cuyo estado se deteriora a ojos vista en el lúgubre ambiente de la enfermería de la cárcel, planta cara al chantaje y sólo termina plegándose a una presión: la de contraer matrimonio canónico con Josefina. La ley republicana de 28 de junio de 1932, regularizadora del matrimonio civil, había sido derogada por los franquistas en abril de 1938, y es probable que él, intuyendo su muerte próxima, temiera dejar a su mujer en una situación aun más difícil si no acomodaba su matrimonio a las normas canónicas. El 4 de marzo 1942 se celebra, acompañada por el estertor de Miguel, la boda católica en la enfermería de la cárcel. En ese tiempo el poeta ya no podía caminar ni escribir, pero hacía llegar a Josefina algunos mensajes que dictaba a compañeros de prisión. En el penúltimo de ellos, en vísperas de la boda *como Dios manda*, le aclara: “De lo que me dices de si es por voluntad mía o no, te digo que no. Lo que para mí es una gran pena, para ti es una alegría. Pero, al fin, esto no tiene importancia por ahora”.

El 21 de marzo llega la autorización de traslado a un sanatorio penitenciario de Valencia; pero el médico de la cárcel alicantina considera que ya no vale la pena. Miguel Hernández muere el 28 de marzo de 1942, a las cinco y media de la mañana. Es denegado el permiso para hacer una mascarilla de su rostro, pero un compañero de prisión, el escultor José María Torregrosa, burlando la vigilancia, realiza dos dibujos a lápiz del cadáver. Éste es trasladado al cementerio de “Nuestra señora de los Remedios”, donde no puede ser velado por la noche para evitar la coincidencia con los fusilamientos que tienen lugar en el propio cementerio; la sepultura se realiza la mañana siguiente, en el nicho 1009.

Aunque aquel era un tiempo en que se estaba curado de espanto, la muerte de Miguel Hernández, y las circunstancias en que se produjo, conmocionaron a muchos de los que lo habían conocido, que sabían de su generosidad personal, de su honestidad intelectual y, sobre todo, de su inmenso talento poético. Sirva como ejemplo de esas reacciones un texto no muy divulgado, el contenido en una carta (fecha en Baltimore, el 12 de diciembre de 1942) que Pedro Salinas dirige a su amigo y compañero de generación poética Jorge Guillén, cuando ambos están exiliados en Estados Unidos:

¡Pobre Miguel Hernández! (...) ¿Por qué había de morir ese muchacho, noblote y generoso, en una cárcel, cruelmente ayudado a morir, por no decir asesinado, por sus prójimos? Te diré que si el franquismo durante la guerra se me hizo odioso más se me está haciendo en la paz. Porque desaparecido el consabido “calor del combate”, ahora ya la persistencia en esa política persecutoria y vindictiva, es fría infamia, mala entraña, nada más.

Pero concluyamos evocando al Miguel Hernández que, hasta el final de su breve y luminosa vida, defendió amorosamente la alegría y la libertad. Son versos del poema titulado *Antes del odio*, en el *Cancionero y romancero de ausencias*:

No, no hay cárcel para el hombre.

No podrán atarme, no.

Este mundo de cadenas

me es pequeño y exterior.

¿Quién encierra una sonrisa?

¿Quién amuralla una voz?

Referencia bibliográfica

Son muchas las personas que han escrito sobre la vida de Miguel Hernández y analizado su obra; no faltan entre ellas mujeres (Concha Zardoya, María Gracia Ifach) ni autores de otros países (Claude Couffon, Dario Puccini). Tres biografías accesibles e innovadoras:

- Ferris, José Luis: *Miguel Hernández Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*. Madrid, Temas de Hoy, 2002 (reeditada en 2010).
- Martín, Eutimio: *El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Madrid, Aguilar, 2010.
- Sánchez Vidal, Agustín: *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*. Barcelona, Planeta, 1992.

Nota biográfica

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia contemporánea y licenciado en Filología. Ejerce como catedrático de Geografía e Historia en un Instituto de Madrid, ha sido profesor asociado en varias universidades (Complutense, Carlos III y La Sorbona-París IV) y desarrolla frecuentes actividades para la formación del profesorado de Enseñanza Secundaria. Es autor de publicaciones que tratan, entre otros temas, sobre el mundo de entreguerras, la política y la cultura en la España contemporánea y acerca de la enseñanza y difusión de la Historia. En la UMER ha pronunciado, con anterioridad a ésta, conferencias sobre “El Madrid de la Segunda República” (cuaderno nº 38), “La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino” (cuaderno nº 44), “La guerra de la *Independencia*, entre la historia y el mito” y “El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)” (cuaderno nº 56).

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 a 41 agotados

Nº 42: "Voces de gesta y su esteno en Madrid: Un antihéroe valleinclaniano en escena". Ana Isabel Ballesteros Dorado

Nº 43: "Novela y Guerra Civil". María Jesús Garrido Calvillo

Nº 44: "La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino". Feliciano Páez-Camino

Nº 45: "Educación y Ciudadanía". Aurora Ruiz González

Nº 46: "Miguel Mihura y el teatro de su tiempo". Julián Moreiro

Nº 47: "Actitudes humanas, actitudes sociales". José María Huerta Paredes

Nº 48: "España, de país de emigrantes a país de inmigrantes". Alicia Alted Vigil

Nº 49: "Entre los bastidores de la historia del teatro". Juan Carlos Talavera Lapeña

Nº 50: "No perdimos la esperanza (Recuerdos desde la U.M.E.R.)"

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptora

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

La Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (U.M.E.R.) es una entidad estrictamente cultural, independiente de todo credo político o religioso (Art. 4 de sus Estatutos), organizada por profesores jubilados y personalidades de la cultura, con sede en Madrid y de ámbito estatal, cuyos fines son :

- Transmitir a los mayores con curiosidad intelectual, y a los que sin ser jubilados lo deseen, la experiencia acumulada en la vida docente, poniéndola al servicio de la sociedad.
- Fomentar la intercomunicación y la tolerancia.

(Declarada de Utilidad Pública el 1 de marzo de 2007)



Colección “Cuadernos UMER” nº 63